



La escuela un lugar de encuentro: el inacabamiento, la capacidad creadora y el mundo interior

Por: Evelyn Beltrán Wilches¹
arcobrisa@yahoo.es

“En verdad, el acabamiento del ser o su inconclusión es propio de la experiencia vital. Donde hay vida, hay inacabamiento”

(Paulo Freire, 2004).

Nuestro ser y estar en la escuela es un recorrido por la historia de vida propia y de las otredades, es un caminar lleno de reflexiones, frustraciones y encuentros con el pensamiento, la palabra, los saberes y las realidades que se entretajan en su interior, las cuales, nos enfrentan a la fortuna o el desacierto, pero sin lugar a dudas nos conducen a nuevos senderos en los que se extiende la posibilidad de crear. Este es un pequeño escrito de un recorrido que continúa tejiéndose en la idea del cómo educar desde el reconocimiento del inacabamiento humano y que ineludiblemente propone un diálogo con la evaluación.

El recorrido

Hace algunos años pensaba en cómo hacer visible y tangible la idea del inacabamiento humano de Freire y la posibilidad de construir la propia historia en el escenario de la escuela y en la vida de quienes nos congregábamos en ella. Esta es una idea que aún moviliza mis pensamientos y aunque a veces se desdibuja en la práctica, fue y es la plataforma de este recorrido.

¿Cómo saberse inacabado sin reconocer la propia historia? o ¿sin comprender los hilos que se trenzan para construir nuestras formas de ser y estar en el mundo? Por lo tanto, resulta contradictorio e inocente invisibilizar las particularidades e historias de

nuestros y nuestras estudiantes en la escuela; conocerlas se convierte en una exigencia y hace de la escuela un lugar de encuentro.

De este modo, surgió la propuesta de recorrer la historia de vida de los niños y niñas de ciclo 1, como una forma de explorar el lenguaje escrito con sentido, fortalecer su identidad, vincular a la familia y proponer la idea del inacabamiento. En este camino, nos encontramos con la oralidad como primera residencia de la palabra escrita, la escucha como puente para vincular a las familias, la imagen como vehículo para la imaginación y el recuerdo, el reconocimiento de diversos territorios, y la literatura como la brújula que nos guió a lugares insospechados, en los que de manera casi imperceptible empezaron a coexistir el inacabamiento y la capacidad creadora.

El ser humano piensa e imagina, a partir de su historia y cultura. Por esto, viajar al pasado, para pensar el presente y proyectarse, es un acto creador que se produce en el extenso e infinito escenario de la imaginación, en el mundo interior de cada ser.

Un mundo que ha de ser considerado, al concebir el aprendizaje como un acto de expresión, creación y reconocimiento de las experiencias propias y del otro, de los saberes, la palabra y la posibilidad de ser y aprender en la escuela como lugar de encuentro.

Pero, ¿qué habita el mundo interior de nuestros niños y niñas, y el de sus familias? Desligar el enseñar y el aprender de este reconocimiento, puede ser riesgoso, pues, allí reside el cimiento de la capacidad creadora y las formas de comprender, para construir la propia historia y saberse inacabado, entonces, es apremiante interrogarnos sobre cómo enriquecerlo.

El mundo interior y la evaluación

La evaluación no es un momento del proceso de aprendizaje suscrito en el estudiante. Es más bien la reflexión de todos los elementos y protagonis-

tas que interactúan en el aprender y enseñar. Y si el aprendizaje es creación, y la creación reside en el mundo interior de cada ser, ¿por qué no pensar en lo que hay en él? (¿en torno a la evaluación y los conocimientos?)

La reflexión unida a la práctica educativa, implica pensar la escuela como un lugar de encuentro para proponer, considerar, dinamizar, potencializar y mejorar. La evaluación es esta reflexión, presente en cada escenario, espacio, tiempo y particularidad del proceso.

Si bien estamos abocados a presentar una calificación, nuestros esfuerzos deben encaminarse a intervenir sobre aquello que conocemos de los y las estudiantes, a enriquecer su mundo interior y proponerles la posibilidad de aprender más allá de obtener un número superior a 3.0 o 6.0; es decir, saberse inacabados. Implica fortalecer su autopercepción frente al aprendizaje, desarrollando estrategias que nos acerquen a lo que hay en su interior para potencializarlo. Y específicamente en el aprendizaje del código escrito, evaluar significa repensar nuestras concepciones de escritura y lectura ¿copiar o expresar? ¿Descifrar o comprender? ¿En dónde se encuentra nuestro horizonte? Leer a nuestros estudiantes, más allá de sus trazos, dando protagonismo a su proceso y a las ideas que desde su mundo interior quieren expresar les conecta significativamente con el código escrito. Escribir como un diálogo que circula en la relación del mundo interior y la palabra: leer, leerse, reescribir, ser leído. Enriquecer para crear, escuchar y hablar para escribir. ¹¹¹



¹ Docente del Colegio Canadá IED. Licenciada en Psicopedagogía, de la Universidad Pedagógica Nacional y Especialista en Aprendizaje escolar y sus dificultades, de la Universidad Cooperativa de Colombia.

* Fotografías: de la autora del artículo.

Referencias

Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Sao Paulo: Paz y Terra S.A